

Maite Gaminde
Las uvas y el Año Nuevo

La noche, última del año 2020, transcurre con aparente normalidad. Cena alegre con viandas al gusto de todos y regada con las bebidas necesarias para olvidar los rigores del año tan difícil que finaliza. Una pandemia, provocada por un virus nos ha cambiado la vida a la población mundial, nos ha conminado en las casas. La prohibición de salir a la calle, de reunirnos con familiares y amigos es nueva. Los noticieros muestran cientos, miles de muertos. En los países ricos, féretros apilados; en los pobres bolsas de plástico y fosas comunes. Un miedo desconocido, no por ello menos real, nos ha atenazado el espíritu, pero hay que luchar y eso intentamos en mi familia: brindar por los que no han podido venir a despedir el año mientras deseamos y esperamos tiempos mejores.

Así, llega la hora de las uvas. Doce frutos dorados, doce deseos. Parece importante comerlas todas.

Y enseguida la despedida, sin cantos, sin acordeón, la hora del fin de fiesta también impuesta por las autoridades. Saludos, primero en la puerta de la casa, luego desde la ventana. —¡Adiós!, —¡adiós!, —¡feliz Año Nuevo! —repiten todos agitando los brazos y enviando besos. Me quedo mirándolos hasta que se pierden en coches y bocacalles sin percatarme de que una insolente luna llena me observa sonriendo.

Cuando cierro la ventana un viento inesperado desordena el escritorio: el calendario de mesa, volcado, marca nuevamente enero del año concluido y aunque pienso acercarme a poner orden no tengo tiempo, noto que mi cuerpo se mueve maniobrado por una fuerza externa.

—¡No puede ser!, ¿tanto he bebido?

¡Dong!... Resuena la primera campanada.

Repentinamente, me encuentro en el monte tan querido y recordado. Su olor, su vegetación me hacen sentir alegría.

¡Dong!...

Sentado en un banco, mirando al mar, el ser amado perdido hace años y cuya añoranza aún pervive. Sorprendida, inmóvil, me rodeo con los brazos para protegerme del frío de la noche.

Dirijo la mirada hacia la luna, la misma que poco antes me contemplaba cuando asomada a la ventana, despedía a la familia.

Yo, aún no lo sé, pero ahora mi mirada es diferente: puedo traspasar el infinito. Y mi pensamiento, veloz, tiene una precisión infalible.

Sin dejar de mirar la luna, escucho el chocar de las olas contra las rocas, respiro hondo y entonces me percato de que los deseos, aprisionados en cada uva, empiezan a hacerse realidad.

¡Dong!...

Doy un paso al frente para que me oigan las olas, el viento, la noche, pronuncio: —Dominio cuántico del tiempo —y sonrío. Recuerdo lo snob que me pareció este deseo cuando lo incluí en una uva pero siempre me ha fascinado la idea de poder vivir el pasado, el presente, el futuro. Vivir todos los tiempos simultáneamente, sin fin. Ahora comprendo que puedo cumplir una y otra vez cada uno de mis deseos, racimo de oro. El triunfo está asegurado.

¡Dong!...

Ahora estoy en la playa, la playa de La Concha, paseando descalza, zambulléndome en las aguas frías, flotando boca arriba frente a la pequeña isla de Santa Clara; a mi derecha el monte Urgull que corona el barrio pesquero donde

asoma la casa de mi infancia; al otro lado, el monte Igueldo donde es una fiesta subir al parque de atracciones. Tengo todas las edades, de niña a anciana que todavía no soy. ¡Qué sensación tan nueva y maravillosa que nunca he experimentado! Es de día y es de noche, las olas van y vienen, siempre diferentes, inagotables. Me quedaría aquí para siempre. El tiempo no existe. Tengo más deseos.

¡Dong!...

Al instante estoy colándome en la casa de mis nietas, en la lejana pero ahora accesible ciudad de Frankfurt, compartiendo juegos, acompañándolas en las rutinas infantiles. Vivo el bullicio del despertar, su madre y yo con prisas, las niñas con su ritmo infantil, el desayuno y elegir vestido, ahora pantalón, ahora me cambio otra vez por si acaso; el camino al colegio, felices de encontrarse con amigos, de pisar charcos si los hay, y en la puerta, correr a la fila para ser la primera. Esas manitas de vuelta a casa, más juegos, baño y esperar alguna regañina porque “están mojando todo el suelo”. Los cuentos nocturnos y luego relatar una y otra vez “¿Qué cosas no había cuando tú eras pequeña?” ¿Cómo explicar a los niños del siglo XXI que antes no existían ni móviles, ni tabletas, ni televisión? Se repite la historia, mi abuela recordaba que en su infancia ni siquiera había teléfono. Vivo con ellas días festivos, paseos por parques, zambullidas en ese lago donde no alcanzas a ver la orilla de enfrente. También aquí me quedaría para siempre, pienso.

¡Dong!...

Como si esta idea rememorase otro deseo, me encuentro en un bosque que aún no conozco, mi rostro refleja la sorpresa de no saber dónde, con árboles cuyo nombre debo aprender, aproximándome a contemplar manadas de lobos, que tanto me gustan. Estoy cerca pero no lo suficiente para que nos intimidemos entre ellos y yo. Repaso mentalmente los escritos de Félix Rodríguez de la Fuente cuando narraba el porqué del aullido de los lobos. Espero que su legado no se pierda y puedan sobrevivir. Ahora los contemplo, tan poderosos, tan fieros. En el escudo de mi apellido aparece un lobo, quizás por eso me interesa el animal, su vida. Algún día tendré que investigarlo. ¿Tendré tiempo ahora de profundizar en todo?

¡Dong!...

Albergo una gran ilusión ante la posibilidad del hallazgo de las palabras, los relatos, las historias cobijadas en mi alma para poder escribirlas. Fabulo. Incluso cuando son hechos reales las letras se apoderan de la historia y se imponen. No me importa, las dejo hacer. De pequeña, en los recreos del colegio contaba con un grupo incondicional que escuchaban “lo que había soñado esa noche”. Pura invención, las caras atentas de las compañeras me inspiraban día a día.

¡Dong!...

Como una niña con demasiados regalos para abrir en un momento, henchida de ensueños, pienso en el racimo, en las uvas que hacen realidad mis deseos. No tengo prisa pero ahora no dejaré escapar el tiempo. Al fin y al cabo, el tiempo no es real aunque sí limitado el uso para cada uno, para mí misma, aún con el poder que he adquirido. Voy a rellenar todos esos cuadernos y libretas que atesoro en cajones. Ha llegado el momento de poner punto final en la última página de todos ellos.

¡Dong!...

¿Me merezco tanta dicha? Doce deseos son muchos, año tras año los solicito pero me parece demasiado. Como las uvas sin respirar, siempre las acabo, aún sin saber que este año se harían realidad. Ahora sé que recorreré los mundos en los que Caravaggio muestra tinieblas y luces, contemplaré en sus obras la verdadera coreografía de los cuerpos. Quizás no sea mi pintor favorito pero me atrae su vida azarosa y saber que sus obras están repartidas por más países que ningún

otro artista. Como si sus cuadros, con vida propia, se repartieran por todo el mundo para ser contemplados por el mayor número de personas y viajaran con secretos propios aún sin descubrir. Y estoy en Japón, ante *María Magdalena en éxtasis*. Figura reclinada hacia atrás, boca abierta, joven, bella. Lo comparo con el cuadro del mismo nombre pintado por Artemisia Gentilechi. No hay comparación. El arte es subjetivo y son dos de mis pintores favoritos. Ambos sublimes. Lleno mis pupilas de rojiblancos, provocador vientre abultado de María Magdalena sobre fondo oscuro de uno, con los blancos de Artemisa y la luz divina que ilumina su cuadro. Con la pandemia que vivimos no se puede viajar pero yo vuelo de Tokio a Roma y paseo por los talleres de estos pintores, puedo ver el desorden de uno, la pulcritud de la otra, ambos con olor a pintura, tarros, trapos y lienzos por todas partes. Probablemente yo también me encuentre en éxtasis.

¡Dong!...

Repaso peticiones valientes que ahora puedo cumplir. “Consentir el juego del destino”, expectante, sin miedo. Requiero valor para ello. Para mí supone no resistirse, ojos abiertos y no recular en el último momento. Es un riesgo, más fácil mantenerse inmóvil, dejar pasar la vida, mirarla tras un escaparate, pero voy a plantarme en mitad del camino, serena, expectante y fluir. Como cuando levantas los remos en la barca para dejarte ondear por las olas. Mirar al viento, respirar, otear y dejarse mecer. En este caso, por las olas desconocidas de la existencia. Piso fuerte, miro atenta, escucho en total silencio. Yo no soy tan valiente. Una cosa es pensar en lo que se quiere y otra encontrarte con que puedes realizarlo. Pero en esta ocasión, como si de un novio se tratara, pronuncio el sí quiero.

¡Dong!...

¿Qué espíritu movió mi mano cuando pedía tanta belleza, tanta Vida, con mayúscula? También me aventuré en solicitar un reto y aceptarlo. Lo vislumbro. Pero ahora no quiero plasmarlo. Prefiero jugar a buscar la hermosura, el amor. Jugar con el tiempo como suave venganza de lo que hasta ahora el pasar de los años ha jugado conmigo.

¡Dong!...

En este momento, como broche final y antes de brindar, prenderé hogueras y las miraré hasta las cenizas.

Así, dirijo nuevamente mis pasos hacia el banco, me siento a su lado y sonriendo, susurro: “¡Feliz Año Nuevo!, ¡feliz siempre!”